

«El final del fin de la historia»

Es necesario un control sobre los mercados de capitales

Francisco Aperador Garza

Equipo de Formación de Cáritas Nacional.

Todo parece indicar que hay que aplazar la fiesta del «fin de la historia». Esa celebración universal de la mundialización en donde la tesis de una economía globalizada iba a situarnos en los albores de un nuevo siglo con progreso y crecimiento. Un nuevo siglo en el que los buenos gestores, técnicos y economistas reemplazarían a los políticos y a los defensores del Estado, de lo público y demás obsolescencias. Apenas unos meses de descalabros bursátiles han bastado para situarnos en un punto de inflexión en el que se ha puesto en cuestión la validez de algunos principios. Dogmas que hasta ahora eran absolutos dentro del sistema económico neoliberal de libertad de mercado. Una de las grandes novedades cualitativas estriba en que los cuestionamientos no provienen de «jóvenes radicales» o de «recalcitrantes marxistas», sino de las más altas voces de la economía mundial. Se podría afirmar que hay un punto que, por el momento, es lugar de llegada para todos estos análisis: es necesario ejercer un control sobre la libertad absoluta que gozan los mercados de capitales.

La globalización: un lugar común para el diagnóstico

Un lugar común a la hora de interpretar la realidad socioeconómi-

ca de este final de siglo es la idea de la Globalización. Estamos hablando de un proceso económico, tecnológico y cultural, complejo y diverso en sus manifestaciones y consecuencias. Sin embargo, podríamos distinguir en él un objetivo prioritario: tornar disponible para la inversión o la ganancia a todo el planeta. Una nueva economía mundial interconectada que permita maximizar las ganancias y concentrar el poder económico en, cada vez menos, grupos transnacionales. El instrumento ideológico de este proceso de Globalización se llama neoliberalismo. El neoliberalismo propugna, básicamente, al mercado como actor regulador de la economía. Se considera a la libertad de mercado como la «mano invisible» reguladora de la economía y que prevalece a las demás instituciones de carácter político, social o ciudadano.

Entre las principales consecuencias de la aplicación de esta doctrina neoliberal tendríamos la destrucción de la soberanía de los Estados nacionales en lo referente a sus decisiones económicas, sobre todo. El vehículo de esta doctrina neoliberal es la difusión del llamado «Pensamiento Único», tesis según la cual, no hay alternativa más allá del neoliberalismo. Habríamos llegado, pues, al «final de la historia», donde ya no habría que esperar cambios cualitativos alternati-

vos. Tan sólo son posibles mejoras cuantitativas dentro del sistema vigente. La utopía ha muerto y es el propio desarrollo de la dinámica del mercado la que generará la solución a los problemas sociales y económicos del mundo. Fuera de este planteamiento sólo existe «vana literatura» o «marginalidad».

Pues bien, en medio de este proceso de globalización económica, la terca realidad nos ha mostrado, en tan sólo unos meses, que no existen los «paraísos terrenales ideológicos».

Primero, el hundimiento de las economías de los países llamados «Tigres Asiáticos»; luego, el colapso de las finanzas rusas; a continuación, el contagio de la inestabilidad a las bolsas latinoamericanas, encabezada por el vértigo de las deudas brasileñas. Situaciones que han generado sucesivas sacudidas de las bolsas mundiales y millonarias pérdidas en el valor de las inversiones.

Mas allá de la lluvia de críticas al papel que han jugado o dejado de jugar en estas crisis los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional, ha crecido el consenso generalizado entre las autoridades económicas del mundo de que algo tiene que cambiar

¿Debe existir algún control para el movimiento de los capitales financieros? Esta pregunta es en sí misma una herejía dentro de la re-

ligión neoliberal imperante. Sin embargo, en estos momentos es el principal tema de debate de los foros económicos mundiales.

Algunos datos para dimensionar el problema

Según el Banco de Regulaciones Internacionales, en 1995, el movimiento de capitales entre los mercados bursátiles alcanzó el nivel de 1 billón 300 mil millones de dólares diarios. De ellos el 80% de estos movimientos son de ida y vuelta en un plazo de 7 días. Es decir, que en 7 días, se especula en la otra punta del planeta, se obtiene la rentabilidad deseada y regresa al lugar de donde partió. Es importante tener en cuenta que este dinero no está ligado a ninguna actividad de comercio o industria. Es simplemente capital especulativo.

El Banco Mundial ha ofrecido en su informe anual interesantes datos para entender esta crisis. Según su presidente, James Wolfensohn, se están moviendo en estos momentos en el mundo 30 billones de dólares –unos 4.500 billones de pts– de dinero caliente. Es decir, dinero que opera en las bolsas mundiales a corto plazo, buscando alta rentabilidad en pocos días. Esta rentabilidad sólo se obtiene mediante la especulación. Este dinero caliente, es distinto al dinero de las inversiones directas en empresas con intenciones de obtener rentabilidad a largo plazo. La mayor parte de este dinero caliente, procede de los países industrializados y, cuando no encuentra oportunidades lucrativas en sus lugares de origen, calienta las economías de los países en desarrollo con entradas masivas, provocando en ocasiones burbujas de especulación en los mercados de cambio o en los inmobiliarios. Luego se retiran súbitamente, como ocurrió en Asia y en Latinoamérica, en especial, Brasil.

La salida de capitales en los últimos meses en Asia y Rusia ha sido

de 120.000 millones de dólares. En Brasil, sólo en los 10 primeros días de Septiembre se han esfumado 11.000 millones de dólares. Víctima de estos movimientos de especulación de las bolsas y de la consiguiente huida de capitales, desde finales de Julio hasta hoy, las reservas internacionales brasileñas han descendido cerca de un 25%. Esto supone que se ha esfumado una cantidad superior a lo que el Estado recaudó a finales de Julio con la venta de la compañía de telecomunicaciones Telebras, la mayor privatización de la historia de América Latina. Resulta obvio que esta situación desembocará a corto plazo en una nueva vuelta de tuerca de la economía nacional. El Fondo Monetario va a desembolsar cerca de 30.000 millones de dólares en la que se considera una de las mayores acciones de salvamento de este organismo. Claro, esta ayuda está condicionada a un severo plan de ajuste económico que comprenderá nuevos recortes de presupuestos sociales, en definitiva, mayor sacrificio para el sufrido pueblo brasileño.

Según datos del propio Banco Mundial, el coste de la crisis en Asia ha hecho que 20 millones de personas hayan caído en la miseria solamente en Indonesia y Tailandia. Las crisis financieras no son cosa de banqueros solamente. Tampoco se trata de crisis novedosas. En 1995 en México, el denominado «efecto Tequila», consistente en la huida masiva de capitales «golondrina», hizo retroceder económicamente los avances logrados después de una década de ajustes económicos.

El ejemplarizante caso de los Hedge-Funds

La quiebra en las últimas semanas en Estados Unidos del Fondo de inversión llamado Long-Term Capital Management –LTCM– ha sacado a la luz pública la punta del iceberg

de las oscuras maniobras de los llamados Fondos de Cobertura o Hedge-Funds. Todo un ejemplo de hasta donde se ha llegado en el mundo bursátil o «capitalismo de casino». El Fondo de cobertura, LTCM, en los últimos 4 años había reportado a sus selectos partícipes rentabilidades positivas cercanas al 50% sobre sus inversiones. Sin embargo, había caído en sus propias redes especulativas con deudas superiores a los 200.000 millones de dólares.

La figura de los fondos de cobertura o Hedge-funds, constituye el segmento más floreciente de la industria de los servicios financieros. Sin su expansión no podría explicarse el crecimiento espectacular y el elevado grado de globalización de los mercados financieros. Se calcula que los fondos de cobertura han multiplicado por 12 el patrimonio gestionado en los últimos 7 años. Se diferencian del resto de familias de Fondos de Inversión no sólo por los riesgos que asumen –expresión eufemística para referirse a su carácter absolutamente especulativo–. También porque se da una alta selección de sus partícipes: grandes fortunas individuales, bancos, inversores institucionales, corporaciones industriales, fondos de pensiones o de inversión. Poseen un patrimonio suficiente para hacer saltar si llega el caso cualquier Banco Central. El régimen legal del que disfrutan no les obliga a informar ni sobre sus recursos ni sobre sus inversiones. Otro de los exponentes de la actividad de estos fondos es el ejemplo del Quantum Fund, comandado por el magnate George Soros, el cual vació en Otoño de 1992 las reservas del Banco de Inglaterra, dejando a la Libra Esterlina fuera del Sistema Monetario Europeo.

Nuevas voces discordantes

Ya no se trata sólo de voces opositoras. Son cada vez más los ex-

ertos y autoridades políticas y económicas mundiales las que ven la hora de plantear un límite. Lo que supone, en definitiva, un cuestionamiento al principio de la libertad de movimiento de capitales.

El informe de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo –UNCTAD– de este año 98, presentado en octubre, destaca la conveniencia de generar mecanismos de control de los capitales: «Los flujos sin control de los capitales son demasiado inestables y, por tanto, es difícil identificar los factores que pueden desencadenar por sorpresa una crisis financiera. Es, por tanto, aconsejable asignar un papel importante a los controles de capitales e incluso que los países azotados por la acción de los especuladores puedan declarar moratorias unilaterales de los pagos de su deuda externa».

El economista Jagdish Bhagwati, profesor de la Universidad de Columbia y candidato al Nobel de Economía apunta que «el 'lobby' formado por las grandes compañías inversoras de Wall Street y los responsables de la política económica norteamericana han creado y alimentado el mito de avanzar a ciegas hacia la libre circulación de capitales, presionando para que se llevara a cabo una liberalización financiera muy rápida en todo el mundo, especialmente en países emergentes» (entrevista, El País, 11-10-98).

La tasa Tobin: una respuesta ciudadana

Vale la pena mencionar en estas últimas líneas un proyecto que sur-



ge precisamente como respuesta del sector civil, ciudadano, ante la necesidad de ejercer un control o limitación política a la circulación de capitales financieros internacionales. Se trata de recuperar una idea lanzada ya en 1972 por el reconocido economista James Tobin y recuperada con vigor en el pre-

sente contexto por diversas organizaciones no gubernamentales y colectivos ciudadanos. La tasa Tobin supone, básicamente, la aplicación de un impuesto módico sobre todas las transacciones financieras. Con

un nivel del 0,1%, la tasa Tobin lograría anualmente unos 166.000 millones de dólares, dos veces más que la suma anual necesaria para erradicar la pobreza extrema hasta el comienzo del próximo siglo. Ya existen plataformas cívicas de difusión y defensa de esta iniciativa.

Los que defienden el carácter estrictamente técnico de la presente crisis y, por tanto, de sus posibles soluciones olvidan que la presente crisis ha certificado la caída del mito de la «mano invisible» reguladora de la economía por medio del libre mercado. Las «manos reguladoras» han resultado ser bien visibles y con intenciones nada desordenadas: la obtención del máximo beneficio. Las víctimas son también absolutamente visibles: miles de vidas humanas, especialmente, de los países llamados emergentes.

Por tanto, el fin del mito del final de la historia es un acto esencialmente político: un proceso de recuperación del espacio de poder por parte del ciudadano y de su representación, el Estado democrático, frente a quienes detentan el poder económico. Poner la economía al servicio del hombre y no a la humanidad al servicio del «becerro de oro».